

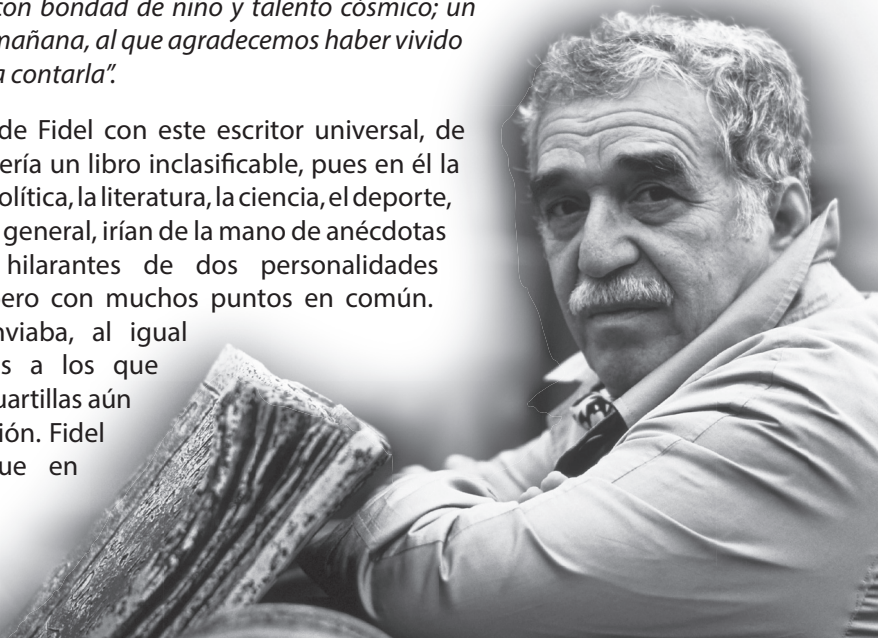


SORTILEGIO DE MARIPOSAS AMARILLAS

El ineludible destino de vida y muerte que enfrentamos los humanos, nos ha dejado este año la dolorosa partida de Gabriel García Márquez, el más grande y universal de los colombianos, y ha querido la suerte que sea en Cuba, donde vivió muchos de sus mejores días, donde intentemos la idea de hacer una edición de esta revista, rigurosa y sopesada en la razón, pero sensible y enamorada de la vida. Nos ha dolido no ser una revista de arte y literatura, para desatar todos los sentimientos que nos unen en torno a la obra de Gabo y el legado de sus letras, pero así sea en unas cuantas líneas, esta comunidad latinoamericana quiere rendir un testimonio de gratitud al hijo del telegrafista de Aracataca, que tuvo la suerte de ver en vida, que todo el mundo cantó su gloria, y a quien ahora ponemos "junto a los elegidos, los que no caben en la muerte".

Fiel a su condición de contradictor, Gabo decidió alinearse en favor de Cuba, de la Revolución y de su líder, Fidel Castro. Rechazado por algunos, criticado por otros, pero siempre en boca de todos, el Nobel colombiano amó a esta tierra y a este pueblo como si fueran suyos, y quizás sin proponérselo, le enseñó a mucha gente que es necesario venir, conocer y vivir esta sociedad, para entender que no es mala, ni buena –*como fácil e irresponsablemente etiquetamos todo lo desconocido*– sino que es diferente, y que por eso mismo deberían darse la oportunidad de explorar los laberintos de su esencia. El paso del tiempo, que todo lo cura, nos ha reencontrado con nuestros amigos y hermanos, y hemos comprendido quizás un poco tarde, que las diferencias entre los pueblos no son naturales, sino que las fabricamos en el día a día, y que muchos no habían visto la Cuba que Gabo vio, vivió y amó, porque tampoco habían visto lo que Fidel vio en él: *"Gabo es un hombre con bondad de niño y talento cósmico; un hombre del mañana, al que agradecemos haber vivido esa vida para contarla"*.

La relación de Fidel con este escritor universal, de ser escrita, sería un libro inclasificable, pues en él la amistad, la política, la literatura, la ciencia, el deporte, la cultura en general, irían de la mano de anécdotas y escenas hilarantes de dos personalidades diferentes pero con muchos puntos en común. Gabo le enviaba, al igual que a otros a los que apreciaba, cuartillas aún en preparación. Fidel recuerda que en





el texto preliminar de “Del amor y otros demonios”, un hombre se paseaba en su caballo de once meses, a lo que él sugirió añadir dos o tres años más porque un caballo de once meses es un potro. Cuando se publicó la novela, el hombre llora sentado en una piedra del camino junto a su caballo, que en octubre cumpliría cien años y que en una bajada se le reventó el corazón. *“Gabo, como era de esperarse, convirtió la edad del animal en una prodigiosa circunstancia, en un suceso increíble de inobjetable veracidad”*, afirma Fidel.

El insomnio de las imprentas y los ríos de tinta que corren desde el día de su muerte, acrecientan la leyenda de este hombre inmenso, tan grande como esta América Latina que honra su memoria, y nos ayudan a comprender un poco mejor su manera de vernos como pueblo. Vivió durante décadas en Méjico pero nunca aceptó su nacionalidad; jamás dejó de ser y sentirse colombiano, pero evitaba ir a justificarse en su propia tierra; visitaba Cuba más que cualquier otro líder de la región, pero nunca fue incondicional con el establecimiento; quizás por ello, nunca terminemos de conocerlo ni aceptar lo complejo de su personalidad, y tal vez se requieran muchos más ensayos sobre su obra y su pensamiento, para aceptar que más que colombiano, mejicano o cubano, Gabo era caribeño y latinoamericano, y que esa condición no está señalada en los mapas, ni expide pasaporte, pero esparce su magia por el aire, como un sortilegio de mariposas amarillas, violando impunemente las fronteras de la razón práctica.

Para los cubanos de mi generación, nacidos pocos años antes o después del triunfo de la Revolución, en 1959, “Cien años de soledad” constituyó la revelación de una literatura tan latinoamericana, que en el acto fue universal. Es libro de cabecera de muchos que buscan y rebuscan en las historias de Aureliano Buendía y Remedios la Bella, algo nuevo. Las siguientes generaciones han agotado cada edición de éste y de los demás libros que García Márquez escribió, de tal forma que en librerías de segunda mano, cuando los tienen, los venden a precios de espanto.

La huella de Gabo en Cuba no se limita a la literatura y su relación con Fidel y los cubanos en general. Aquí fundó en diciembre de 1986, junto a los prestigiosos intelectuales Fernando Birri y Julio García Espinosa, la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, considerada como una de las instituciones más importantes de su tipo. Esta academia se creó con el objetivo de instaurar una Escuela de Tres Mundos para estudiantes de África, Asia y América Latina; en sus aulas, miles de profesionales y estudiantes provenientes de más de 50 países han convertido la Escuela en un espacio para la diversidad cultural, de alcance multinacional, mejor descrito como Escuela de Todos los Mundos. La presencia del Gabo es permanente y aunque los alumnos ya no puedan asistir a sus talleres, su espíritu recorre la institución.



Estos tinajones de barro, grandes y ventrudos, son el símbolo cultural de la ciudad de Camagüey; dice la historia que los alfareros procedentes del sur de España, utilizaban grandes recipientes para almacenar granos, aceite, arroz y líquidos, pero pronto se dieron cuenta de que también podían mantener allí agua fresca para el consumo humano; hasta el punto de decir que no hay agua más agradable al paladar que la guardada en tinaja. Los tinajones surgieron en patios y jardines a partir de 1600, hechos de barro rojo de la Sierra de Cubitas (municipio cubano ubicado al norte de la provincia oriental de Camagüey), pero la más antigua de que se tenga información es de 1760.

